

LOS HISPANISTAS Y EL PAÍS VASCO

El interés de los hispanistas en la historia del País Vasco como un subgénero de la historia de España no es anterior a la Guerra Civil de 1936-1939, y parte, desde luego, de un acontecimiento muy concreto: el bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor, el lunes 26 de abril de 1937. Este hecho llegó a ser uno de los hitos históricos del siglo XX, gracias, sobre todo, a la crónica del mismo en *The Times* (Rankin, N., 2005) y el *New York Times* del miércoles siguiente, 28 de abril, enviada por el corresponsal en España del diario londinense, George Lowther Steer, y, claro está, al cuadro de Picasso para la Exposición Internacional de París de ese año. El artículo de Steer, y su libro posterior sobre el bombardeo de la pequeña ciudad vizcaína, realzaron la presencia, en el bando republicano, de las fuerzas nacionalistas vascas, hasta entonces vistas como un elemento pintoresco y casi anodino de la contienda. A partir de entonces, el nacionalismo vasco –más que el País Vasco en sí mismo– devino uno de los objetos privilegiados del hispanismo contemporáneo.

¿Quiere ello decir que los hispanistas no prestaron atención hasta entonces a los vascos de España? Por supuesto que no, y ya el siglo XIX vio aparecer una auténtica vascomanía vinculada al romanticismo, pero rara vez tuvo ésta un enfoque histórico. Los primeros en interesarse por los vascos lo hicieron desde una perspectiva filológica. Herder conoció la obra del jesuita

Mira Milosevich es profesora del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset.

guipuzcoano Manuel de Larramendi (1690-1766), autor de una de las últimas apologías tradicionales de la lengua vasca, cuyas ideas sirvieron a Herder de base para la sucinta descripción de los vascos que incluyó en su monumental *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Fue Herder, de hecho, quien comenzó a aplicar la denominación de “vascos” (*Baskischen*) a la población vasca de ambos lados del Pirineo (antes de él, se reservaba a los vascofranceses y gascones), instituyendo así un objeto de investigación nuevo en el campo de las entonces nacientes ciencias humanas. Herder no sabía de los vascos más que lo que de ellos afirmaba Larramendi y que él recogió acriticamente, pero su refundición de las ideas del jesuita hizo fortuna, en primer lugar, entre los propios vascos de España, que veían así confirmada por una autoridad extranjera la propia visión de su identidad que habían desarrollado los defensores –vascos, por supuesto– de los privilegios forales desde el siglo XVI, en las obras de Esteban de Garibay y Zamalloa, Andrés de Poza y Juan Antonio de Zaldibia. Una de las premisas de dicha autovisión era la identificación de los vascos con los primeros pobladores de España, los iberos, especie que fue también admitida sin discusión por Wilhelm von Humboldt, precursor de la filología romántica y primer divulgador europeo de la imagen moderna de los vascos.

A lo largo del siglo XIX un numeroso contingente de viajeros repite los mismos tópicos sobre los vascos que habían puesto en circulación Herder y Humboldt. Predomina en estas obras la melancolía romántica que tiende a ver en aquéllos un vestigio ancestral de la vieja Europa condenado a desaparecer. Con el tiempo, se radicalizará el estereotipo de la antigüedad de los vascos, hasta el punto de hacer de ellos el residuo de las poblaciones europeas del paleolítico, arrumbadas por las invasiones del neolítico y la Edad del Bronce. La vascomanía romántica está, lógicamente, plagada de inexactitudes y muestra una conmovedora credulidad ante los prejuicios etnocéntricos de los propios vascos. Sólo en la segunda mitad de la centuria el positivismo introducido por los comparatistas permitirá ir despejando las fantasmagorías de incierto origen, cuyo principal difusor fue una figura menor del romanticismo francés, Joseph-Augustin Chaho (1811-1858), oriundo él mismo del País Vasco. La aproximación positivista se inaugura a mediados de siglo con los trabajos del filólogo lionés Francisque Michel y llega hasta la época de la Gran Guerra, con la pléyade de colaboradores de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, fun-

dada en 1908 por Julio de Urquijo, y que, en cierto sentido, constituye una iniciativa inspirada en el *Bulletin Hispanique* de Morel-Fatio.

La *vascología* positivista tampoco concede espacio alguno a la Historia, y privilegia, en cambio, las investigaciones filológicas y etnográficas. El estereotipo romántico de los vascos como pueblo prehistórico (o, al menos, como “pueblo sin historia”) condiciona decisivamente el arranque de la investigación contemporánea, dejando la Historia propiamente dicha relegada a la erudición local. Es curioso que, siendo el País Vasco el principal escenario de las guerras civiles españolas del XIX, nadie entre los numerosos viajeros y testigos europeos de la época (Victor Hugo, Richard Ford, George Borrow, Prosper Merimée, Théophile Gautier, Frederic Henningsen, etc.) se plantease rebasar los tópicos románticos al uso y poner en conexión la historia reciente del país con la tendencia insurreccional, al parecer endémica, del campesinado tradicionalista vasco, rasgo este último que ninguno de los autores citados deja de señalar. Por otra parte, es asimismo cierto que no hay apenas precedentes de una Historia que haga de los vascos, como sujeto de la misma, el principal objeto de su investigación, hasta la aparición misma del nacionalismo vasco. La *Notitia Utriusque Vasconiae*, de Arnaut d’Oihenart, un erudito vascofrancés del XVII, con dos ediciones parisinas de 1637 y 1656, era, en realidad, un alegato a favor de los fueros locales, y la *Historia de las naciones vascas*, del afrancesado Juan Antonio de Iza y Zamácola, publicada en Auch, en 1818, podría leerse como una glosa del proyecto ilustrado de los josefinos españoles. Nada tienen que ver con una Historia moderna digna de tal nombre. La visión de los hispanistas no parte de estos supuestos precedentes, ni de las escasas obras nacionalistas anteriores a la guerra civil, como la *Historia Vasca*, de Fray Bernardino de Estella (1931). Puede afirmarse que el hispanismo contemporáneo se ha interesado casi exclusivamente en la historia del nacionalismo vasco, como parte integrante de la historia española¹.

¹ Sin que ello obste para que algunos autores, como Renato Barahona o Vincent Garmendia, hayan escrito sobre el carlismo en la región vasca. Tampoco incluimos en este trabajo los estudios sobre historia vasca de historiadores vascofranceses como Jean-Claude Larronde, Manex Goienhetche, Joseph Zabalo o Pierre Bidart, cuyo interés se centra en el País Vasco, y a los que difícilmente cabría calificar de hispanistas.

Para los apologistas vascos, véase **Jon Juaristi**, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*. Madrid: Siglo XXI, 1993, y **Mikel Azurmendi**, *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco* (siglos XVI-XVIII). Madrid: Taurus, 2000.

El sudafricano George Steer (1909-1944) no era un historiador, sino un periodista y agente del Servicio Británico de Inteligencia. Destacó, ante todo, como corresponsal de guerra, primero en Abisinia; luego, en España y, finalmente, como oficial, de nuevo en Abisinia por un breve tiempo, y después en Bengala y Birmania, donde murió. Sin embargo, él se consideraba historiador y afirmaba que “un periodista no es un simple proveedor de noticias [...]. Es un historiador de los sucesos de todos los días y tiene un deber para con su público. Si se le aparta de su público debe usar otros métodos. Porque como historiador en pequeño pertenece a la más honorable profesión del mundo y como tal debe estar henchido del más apasionado y escrupuloso apego a la verdad. Así pues, el periodista, por el gran poder que detenta, debe tratar de que la verdad prevalezca”². Si tal era el expreso ideal del autor, sorprende que su libro –*The Tree of Guernika*–, basado en sus experiencias de la guerra civil en el suelo vasco, abone tantos tópicos románticos y nacionalistas sobre la antigüedad y bondad de los vascos y su lengua, no sólo en detrimento de los franquistas sino de los españoles en general. Steer (2002) llega a usar el término “nosotros” para referirse a los vascos, a los que define, por poner sólo algunos ejemplos, como “demócratas hasta la médula”, como un pueblo al que le gusta más pescar que guerrear y afirma, en la más pura tradición litográfica del nacionalismo aranista, que “el vasco era por esencia humano y compasivo, y, por tanto, sentía los sufrimientos de cada individuo y no podía tan siquiera pensar en cauterizar las heridas de las masas”³. No es de extrañar que George Orwell (2003), en su reseña del libro, ponga en solfa su pretendida objetividad histórica: “El señor Steer escribe exclusivamente desde el punto de vista vasco y posee, muy acen- tuada, la curiosa característica inglesa de no poder ensalzar a una raza sin denigrar a otra. Para ser provasco necesita ser antiespañol, es decir, anti-franquista y también, hasta cierto punto, antirrepublicano. El resultado es que el libro está tan lleno de ofensas contra los asturianos y otros republi- canos no vascos que es lícito dudar de la fidelidad del autor como tes-

² **George L. Steer**, *El Árbol de Guernika. Un ensayo sobre la guerra moderna*. Citamos por la última edición española Tafalla: Txalaparta, 2002, pág. 255.

³ Ob. cit., pág. 222.

tigo; una lástima, porque ha tenido oportunidades que muy pocos ingleses tuvieron”⁴.

Independientemente de la discutible objetividad de Steer, hay que reconocer tres aciertos fundamentales en su reportaje del 28 de abril, “La tragedia de Guernica. Pueblo destruido en ataque aéreo. Informe de un testigo directo”: 1) El lenguaje que usó determinaría la terminología con la que se iba a hablar de Guernica en la historia posterior; 2) su reportaje sirvió como argumento fundamental para demostrar que los nazis participaron en la guerra civil española; así como 3) para desmentir lo que afirmó Vicente Gay, el jefe de los servicios de propaganda del Gobierno franquista, en su discurso titulado “Mentiras, mentiras y mentiras”, ante los micrófonos de Radio Salamanca, es decir, que los “rojos” habían destruido e incendiado la ciudad.

Steer describió el bombardeo como algo que “no tenía precedentes en la historia militar, porque Guernica no era el objetivo militar. El objetivo era la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna del pueblo vasco”⁵. Describió la táctica empleada, pensando en su interés para los estudios del nuevo arte de la guerra: “El programa del bombardeo a este desprotegido pueblo tenía entonces una lógica: Primero, granadas de mano y bombas pesadas para espantar a la población; después, los ametrallaban para que permanecieran en los refugios, y, finalmente, harían uso de grandes bombas incendiarias para destruir las casas y quemarlas con sus ocupantes dentro”⁶. Steer cita la declaración de José Antonio Aguirre, presidente del Gobierno autónomo vasco en la República española, que denunció la responsabilidad de los alemanes: “Los aviones alemanes al servicio de los rebeldes españoles han bombardeado Guernica, arrasando este pueblo histórico tan venerado por todos los vascos. Han intentado herirnos en lo más profundo de nuestros sentimientos patrióticos, dejando bien

⁴ George Orwell, “Crítica de *The Tree of Gernika*, de G.L. Steer, y *Spanish testament* de Arthur Koestler” *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938, publicado en: George Orwell: *Orwell en España. “Homenaje a Cataluña” y otros escritos sobre la guerra civil española*. Barcelona: Tusquets, 2003, pág. 311.

⁵ Ob. cit., pág. 12.

⁶ Ob. cit., pág. 13.

claro, una vez más, lo que Euzkadi puede esperar de todos aquellos que no dudan en arrasar hasta la última piedra el santuario que representa los siglos de nuestra libertad y democracia”⁷.

El bombardeo de Guernica fue un ataque contra una población civil como hasta entonces nunca se había visto. Era “la guerra total”, como lo ha definido Ian Patterson en su libro *Guernica y la guerra total*, refiriéndose al objetivo de sembrar el terror en la población no combatiente. Desde Julio Verne hasta Guernica, los bombardeos aéreos de ciudades sólo habían existido en la ficción. Por primera vez en Europa, una ciudad totalmente indefensa, sin presencia militar, sólo con población civil, había sido objetivo de un ataque aéreo devastador. Desde entonces los historiadores y muchos de los testigos han intentado responder a la pregunta: ¿quiénes y por qué bombardearon Guernica?

España había permanecido neutral durante la Primera Guerra Mundial, y parecía al margen de las rivalidades políticas de Europa. La República llegó pacíficamente en 1931, pero el primer Gobierno republicano de izquierda realizó menos cambios de los que pretendían sus votantes, lo que provocó la abstención masiva de los anarquistas en las elecciones de 1933 y el triunfo de las derechas, al que los socialistas respondieron con la fallida insurrección de octubre de 1934. En febrero de 1936 la izquierda ganó de nuevo, apoyada por la coalición de fuerzas republicanas y socialistas que constituían el Frente Popular. El 18 de julio de ese año, el general Franco encabezó una rebelión de corte derechista contra el Gobierno de la República de España. Dos de las tres provincias vascas apoyaron el Gobierno republicano por una razón fundamental: éste se había comprometido a concederles un mayor nivel de autonomía, aspiración que les acercaba a su objetivo final marcado por el ideólogo y fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana, la independencia. Mientras el general Franco recibió ayuda militar de la Italia fascista y de la Alemania nazi, Francia y Gran Bretaña auspiciaron el “Comité de no intervención”, con base en Londres, en el que participaron veintisiete países que se comprometieron a no ofrecer apoyo armado ni material de guerra al Gobierno republicano español. La ayuda alemana se plasmó en un impor-

⁷ Ob. cit., pág. 14.

tante contingente aéreo, la Legión Cóndor, cuyo objetivo era probar nuevas técnicas y desarrollar estrategias con vistas a un conflicto europeo generalizado. Los italianos enviaron un gran número de bombarderos, cazas, personal y armamento terrestre. Rusia ayudó al Gobierno de la República, con tanques y aviones, y creando, a través de la KOMINTERN, las Brigadas Internacionales, formadas en su mayoría por voluntarios comunistas camuflados bajo el pretexto del antifascismo.

El 2 de abril de 1937 fue bombardeada Durango, y el 26 del mismo mes, Guernica. Como explicaba en su diario el general alemán von Richthoffen: “El miedo, que no puede estimularse entrenando pacíficamente a las tropas, es muy importante, porque afecta a la moral. La moral es más importante para ganar batallas que las armas. Los ataques aéreos concentrados, si se repiten en forma continuada, son lo que tiene más efecto sobre la moral del enemigo”⁸.

Sin embargo, no fue el nivel de destrucción al que fue sometida, sin parangón hasta entonces, lo que hizo famosa a Guernica. Lo que mantuvo a Guernica en el centro de atención internacional durante tanto tiempo, con resonancias simbólicas vivas todavía hoy, fue otra serie de factores muy importantes. El primero, y en cierta manera el más importante, fue la negación categórica de responsabilidad por parte de las fuerzas del general Franco. Una segunda razón por la que el bombardeo de Guernica ha estado en el centro de atención de los hispanistas es su estatus simbólico en el imaginario nacionalista, como capital simbólica de los vascos, de su gobierno, y como sede de sus antiguas libertades forales.

Vicente Gay afirmó que “La noticia publicada por el ridículo presidente de la república de Euskadi relativa al fuego provocado por las bombas de nuestros aviones en Guernica es completamente falsa. Nuestros aviones no han recibido órdenes de bombardear este pueblo [...]. Incapaces de contener nuestras tropas, los rojos lo han destruido todo”⁹.

⁸ **Ian Petterson**, *Guernica y la guerra total*, Madrid: Turner, 2007, pág. 66.

⁹ **Herbert R. Southworth**, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. París: Ruedo Ibérico, 1975, pág. 48.

En los sucesivos comunicados, extraordinarios y contradictorios, los insurgentes proclamaron, en un primer momento, que ellos no habían bombardeado Guernica; después, que había sido ligeramente bombardeada; y finalmente, que la habían bombardeado y quemado los republicanos vascos y los anarquistas catalanes con el objetivo de implicar a las fuerzas nacionales en una atrocidad.

La literatura que hemos consultado sobre este asunto repite en miniatura el debate sobre la guerra civil y la memoria histórica. Ya en noviembre de 1938, hacia el final del conflicto, George Orwell afirmaba “La atmósfera de mentiras que rodea el conflicto español es asfixiante”¹⁰. Obviamente, a la hora de intentar revelarlas, los hispanistas extranjeros estaban en una posición más ventajosa que los historiadores españoles sometidos a la censura franquista.

Un antiguo colaborador de los servicios de propaganda de la República, el historiador y periodista norteamericano Herbert R. Southworth, dedicó su vida y su fortuna a acumular documentación sobre la guerra civil española y en particular sobre el bombardeo de Guernica, con el objetivo de desmentir la versión que daba de los hechos la historia oficial franquista y demostrar que la destrucción fue obra de la Legión Cóndor. Southworth recopiló los informes sobre el bombardeo de los testigos que se encontraban en la zona y señaló el papel fundamental que tuvo la prensa en la controversia. En su libro *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, dividió los artículos de prensa en tres categorías: 1) los boletines que enviaron al extranjero los corresponsales y los enlaces locales, basados en observaciones propias y declaraciones de los políticos vascos; 2) informes y publicaciones del bando nacional; 3) relatos de los periodistas extranjeros que visitaron Guernica después de haber sido tomada por los nacionales el 29 de abril, remitidos entre esta fecha y el 6 de mayo. Entre todos ellos, el testimonio más valioso es el de George Steer. Después de un minucioso análisis, muy bien documentado, pero con valoraciones visiblemente marcadas por la sim-

¹⁰ Ian Peterson, *Guernica y la guerra total*, Madrid, Turner, 2008, pág. 48.

patía por los republicanos, Southworth concluye que el ataque aéreo fue realizado por los alemanes, pero ordenado por Franco. El motivo principal de los alemanes fue su interés económico en materias primas de las minas vascas, que necesitaban para su industria militar, y el deseo de usar Guernica como un laboratorio de pruebas para la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el historiador británico Raymond Carr, en la reseña del libro de Southworth *Guernica, Gernica*, publicada en la revista *The Spectator* en 1977, critica su afirmación rotunda sobre la supuesta orden de los nacionales del bombardeo y la negativa de Southworth de investigar a fondo otras fuentes que no sean las de los republicanos: “Las pruebas de la complicidad de los nacionales son bastante endeble (los archivos de la Legión Cóndor fueron destruidos) y no hay más que un telegrama (enviado el 7 de mayo) que insinúa que el bombardeo fue encargado por el alto mando nacional. En cuanto a la no complicidad *personal* de Franco o conocimiento previo del asunto –y de ahí su subsiguiente ‘indignación’– acaso nunca conozcamos la respuesta. [...] No todos los problemas históricos pueden ser resueltos, ni siquiera por Southworth, por asombrosa e impresionante que sea su erudición. [...] Sobre la cuestión crítica de la complicidad nacional, George Hills presenta evidencia de las tensas relaciones entre los nacionales y los alemanes, enfurecidos por la lentitud del avance nacional. El general Kindelán, que estaba al mando de la aviación nacional, me contó la misma versión. Antes que intentar descalificarlo como neo-franquista, Southworth podría sin duda haber investigado más seriamente la evidencia de Hills. [...] Éste consideraría todo contacto con oficiales franquistas un contagio moral e intelectual”¹¹.

No es exagerado afirmar que así como los viajeros románticos inventaron una serie de tópicos sobre la raza vasca y su antigüedad, los libros de Steer y de Southworth (1963, 1975) fortalecieron el ideario nacionalista y, más tarde, el del nacionalismo radical de ETA, consolidando el papel victimista que los nacionalistas adoptan en relación con el Estado español, y contribuyendo así a legitimar la aspiración de la independencia (que, por

¹¹ Raymond Carr, “Otra vez Guernica”, *The Spectator*, 26 de noviembre de 1977, en Raymond Carr, *El rostro cambiante de Clío*, Madrid: Biblioteca Nueva, Fundación José Ortega y Gasset, 2005, pp. 199 y 200.

cierto, fue marcada como objetivo político principal del nacionalismo por Sabino Arana, mucho antes de la guerra civil española). Para los nacionalistas vascos la cuestión principal no es quién bombardeó Guernica –ya que está claro que fue la Legión Cóndor–, sino quién ordenó al bombardeo. En este sentido, la tesis de que fue el propio Franco, contribuye a mantener vivo un sentimiento de agravio no compensado, como base del argumento de que en el País Vasco nunca se llegó a hacer la transición a la democracia como en otras partes de España, sino que allí continúa la guerra civil con el régimen de Franco, fantasmalmente identificado con lo que los nacionalistas consideran su prolongación, la España constitucional.

Lo cierto es que la cuestión del bombardeo de Guernica movilizó tanto a los propagandistas del régimen como a los hispanistas, enfrentándolos entre sí, e impidiendo en la práctica que emergiera, mientras el régimen duró, cualquier otro discurso histórico sobre el País Vasco contemporáneo (con muy escasas excepciones, que procedieron siempre de las filas del régimen, como la historia del nacionalismo vasco del falangista Maximiano García Venero). El vacío fue cubierto, tanto dentro como fuera de España, por estudios de carácter etnográfico y antropológico, cuyo adalid fue Julio Caro Baroja con su temprano ensayo *Los Vascos. Etnología* (1949). Veinte años después, en 1969, la Universidad de Washington (Seattle) publicaba una interesante monografía de un joven antropólogo norteamericano, William Douglass, titulada *Death in Murelaga. Funerary Ritual in a Spanish Basque Village*.

El estudio de Douglass, realizado a partir de un riguroso trabajo de campo en una aldea vizcaína cercana a Lequeitio, versaba sobre el contexto social de la muerte y la trama latente de obligaciones agnáticas que se ponía de manifiesto con ocasión de los funerales. La tesis del trabajo, que la estructura del clan o familia ampliada, dominante en la Baja Edad Media vasca, había desaparecido en todos los ámbitos salvo en el ritual funerario, podía ser una mera curiosidad antropológica, pero cobraba una actualidad trágica en un país que comenzaba a ser golpeado por el terrorismo nacionalista y la represión dictatorial, tras casi treinta años de despolitización obligada. El libro de Douglass fue traducido al español y publicado por una prestigiosa editorial literaria (Barral) en 1973, en medio de una esca-

lada terrorista que culminó en el asesinato del presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco. Para entonces, William Douglass ya estaba al frente del Programa de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada, en Reno, una de cuyas primeras publicaciones fue el estudio del profesor tejano Stanley G. Payne (1974) sobre la historia del nacionalismo vasco.

Payne era ya conocido por sus estudios sobre los militares y la Falange, publicados durante la década anterior por Ruedo Ibérico. Entregó el original de su trabajo sobre el nacionalismo a la Universidad de Nevada en 1974, pero se adelantó la publicación de la traducción española, que salió a la luz en junio de 1974, en una editorial de Barcelona. La versión original no aparecería hasta el año siguiente.

Payne resume los fundamentos históricos medievales de España (los reinos cristianos de la Edad Media) y compara el nacionalismo vasco con el catalán desde los orígenes de ambos, definiendo el primero como independentista y el segundo como autonomista. Lo más valioso de su análisis es, con todo, su caracterización del nacionalismo vasco. Visiblemente influido por las ideas de que la modernización e industrialización fueron fundamentales para el nacimiento de la ideología nacionalista, no pierde de vista el papel del catolicismo, lo artificial de las ideas de Sabino Arana sobre el eusquera, su invención de una raza vasca particular, y su proyecto de exclusión de quien no cumpliera una serie de exigencias arbitrarias que definirían al “vasco auténtico” (apellidos eusquéricos, catolicismo). Payne concluye que el proceso de modernización, más que diluir y borrar la conciencia nacional de los pequeños grupos étnicos, puede en realidad exacerbarla. En el caso de España, la modernización se produjo primero y más rápidamente en regiones de identidad diferenciada y de cultura local propia, con lo que el proceso condujo a la disociación más que a la homogeneidad. La urbanización agudizó las tensiones culturales en vez de simplemente transformarlas. En el País Vasco la modernización no trajo aparejada la secularización, sino el reforzamiento de cierta religiosidad vasca específica, que se convertiría en uno de los pilares fundamentales del nacionalismo vasco. Afirma Payne que “los nacionalistas vascos han aceptado a veces el régimen de Franco como expresión, en cierto modo lógica, del conjunto de la conciencia cívica española, insistiendo en que el ‘atraso’

y la tendencia autoritaria castellana retrasan el progreso del País Vasco, cuya conciencia moral y cívica consideran mucho más elevada¹². Estas ideas corresponden a los tópicos creados en la época de Steer y difundidos por el propio Steer.

Para Payne, una de las paradojas del nacionalismo vasco es que su virulencia se debe más a la debilidad de la identidad vasca que a la fuerza básica del propio nacionalismo. Comparándolo con Cataluña, donde considera que existe un amplio sentido catalanista mucho más profundamente enraizado de lo que está la identidad lingüística y política vasca en el País Vasco, la misma disminución de la proporción étnicamente vasca de la población ha fomentado una reacción más fuerte, y la intensidad del nacionalismo radical quizás esté relacionada con el hecho de que el clero haya desempeñado siempre un papel tan activo dentro del movimiento nacionalista. El catalanismo, más secular y más seguro, se ha limitado básicamente a reclamar el Estatuto de autonomía de 1932. El catalanismo siempre ha sido más colaboracionista y menos radical en sus demandas que el nacionalismo vasco. De ahí el nacimiento de ETA, que Payne distingue del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en dos puntos básicos (recuérdese que el libro se publicó en 1974): 1) la ETA propugna la federación de las siete provincias vascas de ambos lados de Pirineos, tras la ruptura de la estructura estatal del Estado español y francés, y 2) rechaza las tendencias parlamentaristas del PNV, pronunciándose a favor de la violencia revolucionaria.

Sin tomar posiciones abiertas a favor del PNV, está claro que el Payne de 1974 simpatiza más con dicho partido que con la versión revolucionaria del nacionalismo vasco, y que tácitamente apuesta por una cierta “catalanización” del mismo, en su conjunto, que lo hiciera compatible con una futura democracia española. El libro está dedicado a la memoria de Joaquín Maurín, el antiguo disidente comunista convertido en adalid del anticomunismo del exilio.

¹² Stanley G. Payne, *El nacionalismo vasco, de sus orígenes a la ETA*. Barcelona: Dopesa, 1974, pág. 292.

Sin embargo, el hispanismo posterior se ha sentido más fascinado por el aspecto revolucionario y violento del nacionalismo vasco que por sus potencialidades democráticas –lo cierto es que éstas han ido menguando, a la par de las expectativas de integración del PNV en el consenso constitucional– en los 37 años transcurridos desde la publicación del libro de Payne. Desde entonces, se han publicado numerosos estudios sobre el nacionalismo vasco radical, entre los que las contribuciones de los hispanistas extranjeros no han sido las más lúcidas y cautas¹³.

Lo realmente chocante, a estas alturas, es que una buena parte de los hispanistas que se acercan al fenómeno del terrorismo nacionalista tratando de descubrir sus claves como si de un nuevo mediterráneo se tratase, parecen dominados todavía por el síndrome Steer. En contraste, los investigadores españoles sobre este tema muestran, en su mayoría, un mejor sentido y unas mayores cautelas ante los tópicos del nacionalismo. Quizá el más disparatado producto de esta reducción del hispanismo a la nueva vascomanía sea, por desgracia, un *bestseller*, *The Basque History of the World*, de Mark Kurlansky (London: Jonathan Cape, 1999), que explota descaradamente todas las fantasmagorías producidas por el nacionalismo, con no pocas aportaciones propias asimismo delirantes. En este panorama destaca con bastante dignidad el ensayo de Alfonso Botti, *La questione basca* (Milano: Bruno Mondadori, 2003), una obra de divulgación, dirigida al público italiano, que se esfuerza en realizar una síntesis honesta, bien documentada y puesta al día, de las aportaciones historiográficas y sociológicas más solventes sobre el tema.

Sin duda, la obra más interesante sobre la historia del País Vasco que ha producido el hispanismo en los años de la democracia es *Visionaries. The*

¹³ Por orden cronológico, destacarían los libros de **Robert P. Clark**, *The Basques. The Franco Years and Beyond*. Reno: The University of Nevada Press, 1979, y *The Basque Insurgents. ETA, 1952-1980*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1984 (Clark es asimismo autor de una historia general de los vascos); **John Sullivan**, *ETA and Basque Nationalism: The Fight for Euskadi*. London: Taylor & Francis, 1986 /Routledge, 1988, publicado en español por Alianza en 1986 bajo el título de *El nacionalismo vasco radical, 1959-1986*. El más reciente de estos productos, por lo general confusos y redundantes, es *Basque Nationalism and Political Violence. The Ideological and Intellectual Origins of ETA*, de **Cameron J. Watsons**, publicado por The University of Nevada Press en 2008.

Spanish Republic and the Reign of Christ, de William A. Christian jr. (Los Ángeles: University of California Press, 1997), publicada en España, el mismo año, por Ariel (*Las Visiones de Ezkioga. La Segunda República y el Reino de Cristo*). Antropólogo e historiador de las religiones, Christian ha estudiado con verdadero rigor histórico las supuestas apariciones marianas en el pueblo guipuzcoano de Ezkioga, que comenzaron a fines de junio de 1931, en la fase de agitación antirreligiosa que siguió a la proclamación de la República, y ha descrito la coalescencia de diversos sectores del nacionalismo vasco, del catalanismo católico y de las derechas antirrepublicanas en torno de dicho fenómeno, que la Iglesia terminó por desautorizar. Tanto el libro de Christian como la extensa y magistral reseña del mismo por Raymond Carr en *The New York Review of Books*, son lo más valioso del hispanismo contemporáneo en lo que al País Vasco se refiere.

PALABRAS CLAVE

España • Nacionalismo • País Vasco

RESUMEN

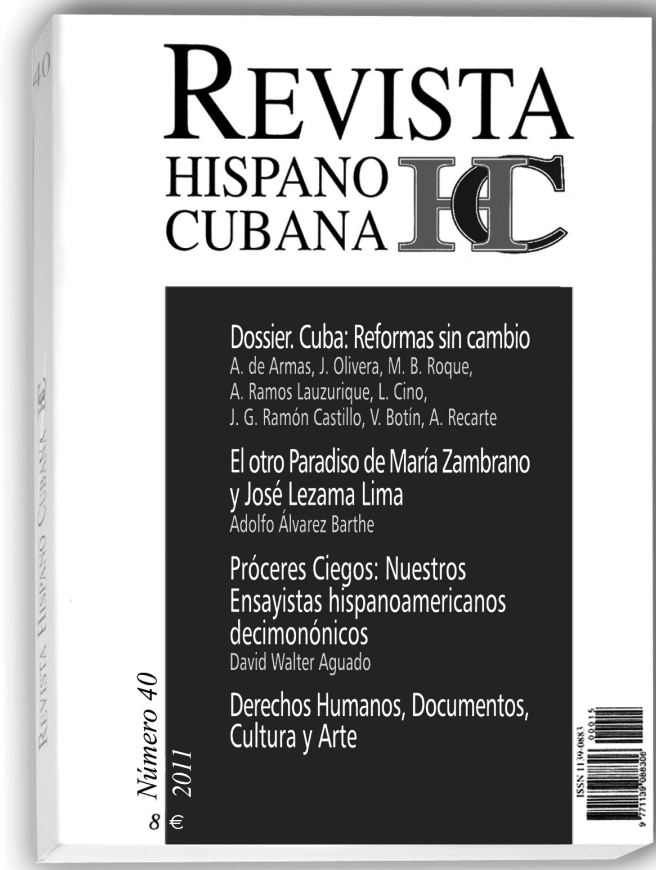
El interés de los hispanistas en el País Vasco comenzó a partir del bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor (26 de abril de 1937). El reportaje del periodista y agente del Servicio Secreto británico, George Steer, para *The Times* y *The New York Times* sobre el bombardeo, afirmó los tópicos románticos sobre los vascos, despertó interés de los hispanistas por el nacionalismo vasco y abrió un debate en miniatura sobre la guerra civil y la memoria histórica. Sus ideas fortalecieron el ideario nacionalista y más tarde el nacionalismo radical de ETA, consolidando el papel victimista de los nacionalistas que adoptan en relación con el Estado español.

ABSTRACT

Hispanists' interest in the Basque Country started with the bombing of Guernica by the Condor Legion (April 26, 1937). The reports on the raid by the journalist and agent of the British Secret Service George Steer for The Times and The New York Times, served to strengthen the romantic clichés on the Basques; it attracted Hispanist interest on Basque nationalism and it opened a so-called debate on the civil war and historical memory. His ideas strengthened nationalist ideology and later, ETA's radical nationalism, consolidating the self-victimising role taken on by nationalists with regard to the Spanish State.

BIBLIOGRAFÍA

- Azurmendi, Mikel** (2000):
Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII). Madrid: Taurus.
- Botti, Alfonso** (2003):
La questione basca, Milano: Bruno Mondadori.
- Carr, Raymond** (2005):
El rostro cambiante de Clío, Madrid: Biblioteca Nueva, Fundación José Ortega y Gasset. Concretamente los artículos "Otra vez Guernica" (pp. 195-198) y "Las apariciones de Ezkioga" (pp. 329-338).
- Christian, William A.** (1997):
Las visiones de Ezkioga. La Segunda República y el Reino de Cristo, Madrid. Ariel.
- Clark, Robert P.** (1979):
The Basques. The Franco Years and Beyond. Reno: The University of Nevada Press.
- Clark, Robert P.** (1984):
The Basque Insurgents. ETA, 1952-1980. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Juaristi, Jon** (1993):
Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles. Madrid: Siglo XXI.
- Kurlansky, Mark** (1999):
The Basque History of the World, London, Jonathan Cape.
- Orwell, George** (2003):
"Crítica de *The Tree of Gernika*, de G.L. Steer y *Spanish testament* de Arthur Koestler", *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938, publicado en: *George Orwell. Orwell en España. "Homenaje a Cataluña" y otros escritos sobre la guerra civil española*, Barcelona: Tusquets, pp. 311-313.
- Payne, Stanley G.** (1974):
El nacionalismo vasco, de sus orígenes a la ETA, Barcelona: Dopesa.
- Petterson, Ian** (2008):
Guernica y la guerra total, Madrid: Turner.
- Rankin, Nicholas** (2005):
Crónica desde Guernica. George Steer, corresponsal de guerra, Madrid: Siglo XXI.
- Ribera de la Souchère, Elena** (2007):
Lo que han visto mis ojos, Barcelona: Círculo de lectores.
- Saz, Ismael** (ed.) (1998):
España: la mirada del Otro, Ayer 31.
- Southworth, Herbert R.** (1963):
El mito de la cruzada de Franco, París: Ruedo Ibérico.
- Southworth, Herbert R.** (1975):
La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia, París: Ruedo Ibérico.
- Steer, George L.** (2002):
El Árbol de Gernika. Un ensayo de la guerra moderna, Tafalla: Txalaparta.
- Sullivan, John** (1986):
El nacionalismo vasco radical, 1959-1986. Alianza Editorial.
- Watsons, Cameron J.** (2008):
Basque Nationalism and Political Violence. The Ideological and Intellectual Origins of ETA. The University of Nevada Press.



REVISTA HISPANO CUBANA HC

Número 40
8 2011

Dossier. Cuba: Reformas sin cambio

A. de Armas, J. Olivera, M. B. Roque,
A. Ramos Lauzurique, L. Cino,
J. G. Ramón Castillo, V. Botín, A. Recarte

El otro Paradiso de María Zambrano
y José Lezama Lima

Adolfo Álvarez Barthe

Próceres Ciegos: Nuestros
Ensayistas hispanoamericanos
decimonónicos

David Walter Aguado

Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte



Director
Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial
Cristina Álvarez Barthe
Elías Amor
Luis Arranz
María Elena Cruz Varela
Jorge Dávila

Manuel Díaz Martínez
Ángel Esteban del Campo
Alina Fernández
María Victoria Fernández-Ávila
Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui
José Luis González Quirós
Mario Guillot
Guillermo Gortázar
Jesús Huerta de Soto
Felipe Lázaro
Jacobo Machover
José María Marco
Begoña Martínez
Julio San Francisco
Eusebio Mujal-León
Fabio Murrieta
José Luis Prieto Benavent
Tania Quintero

Alberto Recarte
Raúl Rivero
Ángel Rodríguez Abad
José Antonio San Gil
José Sanmartín
Pío Serrano
Daniel Silva
Álvaro Vargas Llosa
Alejo Vidal-Quadras

Redacción
Orlando Fondevila
Rocío Martínez

www.revistahc.org
PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:
REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid
Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08